

¿Qué hacía Dios antes de hacer el mundo?

Eneyda Suárez Rivas

Síntesis: Reflexiones en torno a las resistencias y cuestionamientos de los aspirantes al sacerdocio cuando inician sus estudios de filosofía ¿Cómo se relacionan la razón y la fe? ¿Por qué se necesita estudiar filosofía antes de pasar a los estudios teológicos? ¿Tantos cuestionamientos y diversidad de autores, no ponen en peligro la fe del creyente?

Palabras clave: fe, razón, filosofía, teología

Pregunta ¿Qué hacía Dios antes de hacer el mundo?

Respuesta: hacía infiernos para aquellos que se atrevieran a cuestionar misterios tan profundos.

A este brevísimo diálogo responde el regaño contundente del Obispo de Hipona:

“Con este tipo de respuestas queda mal el que hizo una buena pregunta y queda bien el que dio una respuesta ingeniosa pero superficial y simplona.”¹

¿Por qué es una buena pregunta si está mal hecha? Se cuestiona uno.ⁱ

Es una buena pregunta porque el que la hizo está pensando su fe. El que se hizo esta pregunta o el que se hace preguntas de este tipo, no vive por estancos, no mete en un apartado cerrado su fe y en otro su razón, se cuestiona la que cree, no por falta de fe, sino porque los hombres somos cuestionadores, los hombres no dejamos de cuestionarnos nunca, y una religión que apague o pretenda apagar esto es una religión fundamentalista que no desea creyentes libres sino esclavos.

A esta pregunta mal hecha, le debemos algunas de las más bellas páginas que se han escrito, y uno de los mejores análisis filosóficos sobre el tiempo, porque San Agustín como buen pastor y como sacerdote preparado, se toma el trabajo de desgarnar al nivel más elemental los conceptos, para

¹ Cfr. Hipona, San Agustín de, *Confesiones*, Tomo II, libro 11, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2002.

llevarnos de la mano y dejarnos a las puertas del misterio de la eternidad de Dios. El libro 11 de las Confesiones, no nos habla sólo del tiempo o de la eternidad, nos transmite toda la ternura de un padre preocupado por la formación de sus hijos, de un hombre de fe sumamente preparado a quien “el celo de **Su** casa lo consume,” y en este sentido, un pastor de almas que desea que no se pierdan las ovejas, que se esfuerza por hacer la fe lo más asequible posible, que se esfuerza por dialogar los misterios de fe.

Este libro 11 de las Confesiones, a pesar de ser del siglo V, es uno de los más bellos ejemplos de cómo se pueden relacionar fe y razón y, en este sentido, es intemporal.

Traigo este libro a colación para iniciar estas reflexiones porque a lo largo de los años, durante los aproximadamente 25 años que llevo trabajando con jóvenes que se preparan para el sacerdocio, tanto en mis inicios en el Seminario Diocesano de Tampico, como después al trabajar con religiosos de diferentes congregaciones aquí en Guadalajara, me he sorprendido muchas veces al descubrir la resistencia con la que con bastante regularidad se asumen los estudios filosóficos por parte de estos jóvenes.

Me resultaba sorprendente el hecho de encontrarme con una problemática sumamente parecida a la de los dialécticos y antidiálecticos de los siglos II y XII de nuestra era.ⁱⁱ Ya que para el siglo XIII esta problemática había sido superada, los aspirantes a ingresar a las facultades de teología -- no importaba si estos eran laicos o religiosos-- de las primeras Universidades de occidente, debían estudiar previamente en la facultad de artes liberales que incluía los estudios filosóficos, esto ya no estaba a discusión, lo que ahora importaba era determinar qué filosofía era más adecuada para hacer teología, si la platónica o la aristotélica.

En fin, que me encontraba a fines del siglo XX y principios del XXI con una problemática que pensaba superada hacía muchos siglos. De hecho yo pensaba que si la teología era una ciencia lo

era por el recurso a las herramientas, que la reflexión filosófica y le podía brindar (espíritu crítico, capacidad analítica, amén de una serie de contenidos sobre el hombre, y el mundo que la teología había utilizado desde sus inicios para clarificar y profundizar en su propia temática) ya que “la filosofía sigue siendo más bien como tal lo otro y lo propio a lo que se refiere la fe para expresarse en ella como lo otro y hacerse comprensible.”² Y ahora resultaba que los estudiantes no querían saber gran cosa de la filosofía y que ésta era vista —por lo menos a nivel del discurso— sólo como un escollo que saltar antes de entrar a su auténtico interés que eran los estudios teológicos.

Todo esto hacía que la filosofía fuera recibida con resistencias, reservas, y hasta con franca hostilidad. A lo largo de los años he venido comprendiendo que la problemática no está realmente ahí, que en el fondo lo que genera problemas a mis estudiantes no son las relaciones entre filosofía y teología --y no lo son simplemente porque los jóvenes ignoran tanto la una como la otra--. El problema es de índole personal y tiene que ver con sus dificultades para conciliar su propia fe y su razón.

Me explico, es la fe la que lleva a los aspirantes al sacerdocio —cuando son honestos en sus pretensiones-- a cuestionarse una posible vocación, es su fe la que los hace dejar su casa, su familia y sus conocidos, para llegar a la comunidad religiosa en la que darán inicio a su formación, es su fe la que los guía y la que no tienen problemas en conciliar con una razón sencilla educada en la mayoría de los casos, en los estudios básicos hasta preparatoria.

Es por esto que les resulta una verdadera bofetada, iniciar su formación religiosa con estudios filosóficos, ya que la filosofía es desestructurante, la filosofía cuestiona todos los supuestos con los que vivimos y en los que nos movemos. Es cierto que su finalidad no es corrosiva y que esto

² Ratzinger, Joseph, *El Dios de la fe y el Dios de los filósofos*, Ediciones Encuentro, Madrid 2007, p. 31.

es una especie de propedéutica indispensable para poder disponernos a una auténtica formación de tipo filosófico. Pero también es cierto que esto, nuestros aspirantes al sacerdocio no lo saben y aun cuando se les anunciara previamente, no lo comprenderían, esto es algo que se comprende conforme se va realizando. Pensemos por un momento en la Mayéutica socrática, su inicio es la ironía, y según la Apología de Platón, Sócrates compara su labor con la de una espuela que tiene el deber de despertar y punzar al caballo.³ Desde luego que algo que nos despierte punzándonos, no debe ser muy agradable, en parte por eso mataron a Sócrates.

Pues bien, los aspirantes al sacerdocio se encuentran con esto en los inicios de su formación, estos jóvenes a los que su fe los está haciendo tomar decisiones vitales con las que van direccionando radicalmente sus vidas, se encuentran de botepronto con algo para lo que nada los pudo haber preparado previamente, con una reflexión desestructurante que parece manada desbocada que se llevará todo entre las patas, y a esto es a lo que se resisten porque ¿Cómo conciliar la fe con una razón que todo se cuestiona? ¿Cómo conciliar y justificar ante sus propios ojos su fe, con una razón que parece no tener ningún punto fijo para poder pisar con seguridad?

En el fondo los estudiantes no están defendiendo sólo su fe, están defendiendo su razón y la dirección que desean darle a su vida, porque es con los conocimientos que su razón les brinda, con los supuestos en los que ésta fue formada, con los que se explican y con los que han digerido el contenido de su fe. Desestructurar su razón entonces, es desestructurar también su fe, y con esto su vocación y la dirección que le están imprimiendo a su vida. Las resistencias a la filosofía adquieren entonces su sentido más radical, los aspirantes al sacerdocio se resisten a aquello que ven como lo que, de permitirlo, les haría dejar de definirse como tales.

³ Cfr. Platón, *Apología*.

En un intento de brindarles herramientas que les permitan lidiar con este conflicto me permitiré hacer analíticamente algunas distinciones, ya que tenemos que precisar primero qué se entiende por *fe*, por *razón*, por *filosofía* y por *teología*, para luego analizar de nuevo la problemática entre las relaciones fe y razón a la luz de estas distinciones.

Según el Catecismo de la Iglesia Católica, “la fe es la respuesta del hombre a Dios que se revela y se entrega a él, dando al mismo tiempo una luz sobreabundante al hombre que busca el sentido último de su vida.”⁴

Si la fe es la respuesta del hombre a Dios, entonces la fe es *absolutamente* personal, es el acto de una persona, el acto de recibir y aceptar a aquél que se revela y entrega. Pero este acto *absolutamente* personal, no es *únicamente* personal, porque “la fe no es un acto individual, solitario; no es una respuesta de cada uno por separado. *Fe* significa creer *juntamente* con toda la Iglesia.”⁵

¿Cómo puede ser la fe un acto absolutamente personal y al mismo tiempo no únicamente personal, sino comunitaria? Al respecto nos dice el Cardenal Poupard que:

En el Antiguo y el Nuevo Testamento la fe comporta dos elementos fundamentales que sugieren las dos raíces dominantes de las palabras que sirven para designarla: por una parte, la fe es confianza en Dios, fiel y seguro, compromiso personal del creyente que se entrega al Señor que lo salva (la palabra hebrea *bata*); por otra la fe es conocimiento del Dios vivo y verdadero, aceptación de su palabra que revela al creyente la verdad de su ser y de su destino con mayor firmeza y seguridad que las doctrinas humanas y las apariencias del mundo (la expresión hebrea *àman*).⁶

Es decir, la fe en sentido subjetivo es la confianza del creyente, el acto personal de respuesta a Dios que lo llama. En sentido objetivo, la fe es un contenido, estamos hablando de la fe del católico, la fe es una serie de proposiciones que se aceptan como verdaderas y que están

⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, Coeditores católicos de México, México D.F. mayo 2008, p. 17.

⁵ Ratzinger, Joseph, *Informe sobre la fe*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1985, p. 61.

⁶ Poupard, Paul, *Diccionario de las religiones*, Herder, Barcelona 1997, p. p. 607, 608.

contenidas sintéticamente en el Credo, pues la Iglesia “es la primera que cree, y así conduce, alimenta y sostiene mi fe”.⁷

Dejemos por el momento hasta aquí el análisis del concepto de *fe* y pasemos a tratar el de *razón*. Para no meternos en discusiones de escuela me limitaré al diccionario para partir de la concepción más elemental posible. Según el Larousse, la razón es “la facultad de pensar, discutir y juzgar.”⁸Y, según Abbagnano, es la “guía autónoma del hombre en *todos* los campos en los que es posible una indagación o una investigación.”⁹ Si esto es así, podemos entonces afirmar que por la razón el hombre se guía, se dirige a sí mismo, se mueve en el mundo, y lo hace a través de esa actividad específica de la razón que es el pensar.

Por pensar entendemos comúnmente esa actividad interior por la que las personas juzgamos, razonamos, tenemos ideas, sacamos conclusiones, argumentamos, reflexionamos, y todo esto con una cierta lógica —es decir un orden— elemental, de no darse esta lógica elemental, hablamos de un pensamiento mal hecho. El pensar es una actividad, no es una mera capacidad, sino una actividad, el que piensa está actuando, está realizando una acción, y toda acción significa movimiento y significa transformación. El que actúa realiza un movimiento con el cual algo transforma, algo cambia.

El que piensa desarrolla una trama, un tejido más o menos ordenado, a partir de ideas previamente conocidas.

No me quisiera detener mucho en las ideas, sólo señalaré que son el elemento más básico del contenido del pensar, son las células del pensamiento, pensamos a partir de ideas, los juicios son

⁷ *Catecismo de la Iglesia, Op. Cit.* p. 51.

⁸ García Pelayo y Gross, Ramón, *Larousse, diccionario usual*, México D.F. 1994.

⁹ Abbagnano, Nicola, *Diccionario de Filosofía*, Fondo de Cultura Económica, México D. F. 1987. El subrayado es del autor.

relaciones entre ideas, los razonamientos son relaciones que establecemos entre juicios, la argumentación consiste en dar cuenta de los juicios en los que yo sostengo una conclusión, y del modo en que los he relacionado, la reflexión, es un volver a repasar una acción, un hecho o un razonamiento anterior, pero todo esto se hace a partir de ideas, y también --a partir de una ciertas ideas básicas-- el que piensa es capaz de elaborar y/o descubrir ideas más profundas, con lo que su juicio, su razonamiento, argumentación y reflexión, pueden ser cada vez más profundos, etc.

Precisamos también que todo este entramado, supone un cierto orden elemental, puedo pensar bien o mal, con independencia de lo que esté pensando, y esto se debe a la forma en que se estructura el pensamiento, se pueden sacar conclusiones que no vienen al caso, hacer juicios precipitados, y demás. El pensar es una actividad y como toda actividad tiene ciertas reglas mínimas que hay que respetar.

El pensar es entonces un movimiento interior en el que a partir de ideas básicas ya conocidas que uno entreteje con un cierto orden, se puede llegar a nuevas ideas. Al ser una actividad interior, una actividad de la razón, el pensamiento transforma primeramente al pensante, el que cambia, crece, o decrece cuando piensa, es el sujeto pensante, y cambia porque acrecienta o se abre la posibilidad de acrecentar su conocimiento, o por el contrario se lo entorpece o lo desvía.

Relacionemos ahora ambas nociones, la razón y la fe en el contexto en que las encontramos en los aspirantes al sacerdocio que inician su formación filosófica.

El estudiante que llega con fe honesta, normalmente llega con una fe ingenua, inmadura. Por fe honesta estoy entendiendo la de aquel que tiene confianza en estar respondiendo a una llamada de Dios,ⁱⁱⁱ la de aquel que cree en Dios, y en los puntos centrales de la religión católica, y llamo ingenua a esta fe, porque los contenidos en los que el muchacho cree, normalmente vienen mezclados con toda una serie de creencias populares que no necesariamente son católicas en sí. O

se explican estos contenidos de modo ingenuo, con una serie de supuestos sin fundamento o sin conexión lógica.

Dicho de otra manera, la fe honesta es aquella que “en cuanto relación personal entre el hombre y Dios, implica esencialmente un movimiento del corazón y un dinamismo de la voluntad^{iv} por los cuales *se cree en Dios que revela*.”¹⁰, pero como la fe lo es en un cierto contenido, implica también necesariamente un movimiento de la inteligencia, se cree en una serie de contenidos a los que se considera como verdaderos. Por lo que el creyente siente también la necesidad de intentar indagar y comprender con su razón lo que cree para crecer en ésta su fe, pues “no cabe separar estos dos componentes de la fe, confianza y conocimiento, porque se solapan y se penetran mutuamente.”¹¹

Me parece que éste puede ser el sentido de aquella famosa expresión de San Agustín: *Hay que creer para entender y entender para creer*, ya que entre los dos aspectos de la fe que hemos enunciado parece haber una especie de tensión dialéctica, la confianza del creyente es en unos contenidos revelados por Dios y resguardados por la Iglesia. El aceptar y asumir estos contenidos, pone al creyente en la disposición más adecuada para tratar de entenderlos correctamente, y el ir entendiéndolos aumenta su confianza. Un polo remite al otro, pero en esta mutua remisión puede haber un enriquecimiento cualitativo que signifique una superación positiva de los estadios iniciales de confianza y comprensión.

El creyente necesita crecer en el conocimiento de su fe, y en este sentido la filosofía puede ser un auxiliar muy importante para profundizar en la verdad revelada. Pero los aspirantes al sacerdocio, no son sólo creyentes, aspiran a ser pastores de los demás creyentes, y en este sentido, para ellos el estudio de la filosofía se vuelve una obligación. Ya que la Iglesia “considera a la filosofía como

¹⁰ Poupard, Paul, *Op. Cit.* p. 608.

¹¹ *Idem*

una ayuda *indispensable* para profundizar la inteligencia de la fe y comunicar la verdad del Evangelio a cuantos aun no la conocen.”¹²

Es por esto por lo que el futuro sacerdote estudia la filosofía, porque su fe necesita madurar, y él necesita tener una formación sólida que le permita acompañar a los creyentes.

Dice San Agustín que, con respecto a la religión hay “tres clases de personas que merecen censura y son aborrecibles. Unos son sofistas o teóricos, es decir, que se creen conocer la religión, pero de hecho no la conocen. Los segundos se percatan de su ignorancia, pero no ponen suficiente diligencia para poderla conocer. Los últimos piensan que no la conocen ni desean tampoco conocerla.”¹³

Nuestros estudiantes necesitan comprender que la desestructuración propia de la filosofía, les es necesaria para una mejor comprensión de su fe, y para una más sólida formación como futuros sacerdotes, no vaya a ser que se merezcan la censura agustiniana.

Esto nos lleva directamente a hacer una breve distinción respecto al segundo par de conceptos señalados en un principio, los de filosofía y teología. Tenemos que precisar de qué hablamos cuando nos referimos a ellos porque es un hecho que hay muchas filosofías y también muchas teologías católicas y este hecho causa igualmente confusión en los estudiantes.

Lo primero que se sustenta es que tanto “las” filosofías como “las” teologías —en este caso las católicas— tienen que tener algo en común para poder ser englobadas en un mismo término, y es esto en común lo que nos interesa.

¹² Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, Ediciones Dabar, México D.F. 1998, p. 10. El subrayado es mío.

¹³ Hipona, San Agustín de, *De la utilidad de creer, a Honorato*, en *Obras Completas, tomo IV*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1975, p. p. 748, 749.

Jaspers, tiene este mismo interés cuando se pregunta “¿Qué es, pues, la filosofía, que se manifiesta tan universalmente bajo tan singulares formas?”¹⁴ Y su respuesta es que “la busca de la verdad, no la posesión de ella, es la esencia de la filosofía, por frecuentemente que se la traicione en el dogmatismo (...) Filosofía quiere decir ir de camino. Sus preguntas son más esenciales que sus respuestas, y toda respuesta se convierte en una nueva pregunta.”¹⁵

La filosofía es búsqueda, es interrogante constante, el filósofo es un insatisfecho que explora los límites del pensamiento, que se cuestiona los supuestos en los que se mueven sus contemporáneos. Es por esto por lo que encontramos un sinfín de filosofías, porque el filósofo no sólo se cuestiona, sino que busca responder a sus propias interrogantes, y al construir sus respuestas los filósofos no siempre, o mejor dicho, casi nunca coinciden. Esto es así, porque, aunque las preguntas pueden ser universalmente planteadas: ¿Qué es el hombre? ¿Qué es el mundo? ¿Qué es la vida? ¿Existe un absoluto? ¿Qué es la verdad? ¿Quién soy yo? Las respuestas dependen del horizonte de perspectiva concreto en que el que filosofa se encuentra, esto es lo que origina la diversidad de respuestas y el pluralismo de concepciones de las que, como bien señala Hegel, la opinión sólo ve en dicha diversidad la contradicción.¹⁶

Uno puede preguntarse si es que hay límites para este cuestionar, y la respuesta sería que no los hay. En el ámbito inquisidor, la razón puede preguntarse todo infinitamente y de muchas formas distintas, la razón cuestionadora está siempre pensando y formulando interrogantes. El límite de la razón no está en el ámbito de las preguntas sino en el de las respuestas, podemos cuestionarlo todo, pero no saberlo todo. Éste es uno de los grandes aportes de Kant a la filosofía, la razón no puede conocerlo todo y, respecto a las preguntas más acuciantes que los hombres nos hacemos,

¹⁴ Jaspers, Karl, *La filosofía, desde el punto de vista de la existencia*, Fondo de cultura Económica, México D. F. 1970, p. 11.

¹⁵ *Idem*

¹⁶ Cfr. Hegel, G. W. F., *fenomenología del Espíritu*, Prefacio, Editorial Pre-textos, valencia 2006.

las que más nos importan, no tenemos respuestas, o por lo menos, no tenemos respuestas definitivas. Ante las preguntas límite los hombres nos quedamos solos con nuestra libertad, y hasta podemos llegar a sentir esa libertad como una carga pues tenemos que elegir y no tenemos certezas epistemológicas.

Ante esto podemos afirmar que más allá de los sistemas, y de las grandes respuestas a estas interrogantes que en la historia de la filosofía nos podamos encontrar, La filosofía como el hacer común de los filósofos es una permanente apertura, una permanente posibilidad de volver a interrogarnos, porque ella, mejor que ninguna otra ciencia es consciente de sus límites y de la fragilidad de sus respuestas, por eso dice Ortega que la filosofía “al partir, admite la posibilidad de que el mundo sea un problema en sí mismo insoluble. Y el demostrarlo sería plenamente una filosofía que cumpliría con todo rigor su condición de tal.”¹⁷

Y son estas características que responden a lo más esencial de la filosofía: la conciencia de sus límites, su humildad, el reconocimiento de su ignorancia, las que le brindan su también perenne capacidad de diálogo con los otros y con la ciencia, pero también las que la capacitan para abrirse al misterio.

El hombre no puede por sus propios medios encontrar respuestas a las ultimidades, pero sí puede responder a la Gracia que lo llama. No tiene todas las respuestas, pero tiene libertad, y en ese sentido una respuesta frente al límite puede ser la confianza, no una confianza ciega e ingenua, sino una confianza que se apoya en una razón que reconoce —con conocimientos sólidos— sus alcances y limitaciones.

Y todo esto nos lo da el conocimiento, porque entre más se sabe, más se reconoce que no sabe, al revés de la ignorancia que nos puede hacer creer que tenemos todas las respuestas. En este

¹⁷ Ortega y Gasset, José, *¿Qué es Filosofía?* Editorial Espasa Calpe, México D. F. 2000, p. 79.

sentido la filosofía da herramientas para pensar la fe, pero la fe le brinda al pensador la certeza y la esperanza que la filosofía no puede ofrecer. La filosofía ofrece bases sólidas para una fe crítica y bien fundamentada, pero la fe es iluminadora para una filosofía que, aunque no puede dejar de preguntarse, enmudece ante el misterio.

El hombre de fe no debe temer que la filosofía le haga perder su fe en el sentido de perder sus certezas, lo que la filosofía puede hacer es darle elementos para comprender mejor --y no desde perspectivas infantiles o supersticiosas—el contenido objetivo de esa fe que se sintetiza en el Credo. La fe, en el sentido de certeza personal, es un don de la Gracia y sólo se puede perder por falta de una auténtica vida de fe, de oración y de intimidad con Dios, a eso es a lo que verdaderamente debe temer el aspirante al sacerdocio, no a la filosofía.

Por otra parte, este aspirante al sacerdocio se está preparando para sus estudios teológicos, y esto trae a colación el último concepto a tratar, el de *teología*. Éste es un término griego que ya encontramos en la filosofía primera aristotélica, a la que el estagirita denomina precisamente *Teología*, y entiende por ésta el estudio de lo divino, el *Logos* sobre Dios.

En el ámbito de la religión católica, la Teología “pretende lograr mediante un método crítico, el conocimiento ordenado de su objeto propio que es Dios,”¹⁸ Aunque también “pretende poner de manifiesto la lógica interna de la fe y proporcionar una inteligencia más perfecta de los misterios cristianos utilizando todos los recursos propios de la razón filosófica.”¹⁹

En este sentido podemos también hablar de una teología católica y de muchas a la vez. Es una, en cuanto a que formalmente es una reflexión que pretende esclarecer en la medida de lo posible, la

¹⁸ Poupard, Paul, *Op. Cit.* p. 1732.

¹⁹ *Idem*

revelación cristiana, entendida ésta como “la automanifestación de Dios en la historia de la salvación”.²⁰ Pero es también muchas teologías en dos sentidos.

En un primer sentido podemos hablar de muchas teologías para referirnos a las partes de la teología en cuanto tal: teología dogmática, ascética, bíblica, etc. pero en este sentido la división no presenta problemas, pues se trata de la división de un todo en las partes que lo articulan y que reciben el nombre del todo, pero adjetivado, para señalar su especificidad.

El segundo sentido puede parecer más problemático para el estudiante. Hay muchas teologías católicas, por las mismas razones que hay muchas filosofías, porque los intentos de reflexión sistemática sobre la revelación, dependen del horizonte de perspectiva concreto en que el que el teólogo se encuentre y además, al igual que le sucede a la filosofía con su objeto, al teólogo le sucede que “la comprensión completa de estos conceptos no se alcanza nunca,”²¹ esto se debe a que “como inteligencia de la revelación, la teología, en las diversas épocas históricas, ha debido afrontar siempre las exigencias de las diferentes culturas para luego conciliar en ellas el contenido de la fe con una conceptualización coherente.”²² En este sentido —al igual que en la filosofía-- el proceso es interminable.

Pero más allá de este pluralismo teológico, Lo que a mí me interesa resaltar en este punto, es la importancia de una sólida formación filosófica para los estudios teológicos porque el estudiante no puede prescindir de las herramientas conceptuales que le da la filosofía, pero fundamentalmente, no puede prescindir del *talante* filosófico que estos estudios le pueden brindar, que consiste en que el que estudia sistemáticamente la filosofía, descubre --más allá de autores y sistemas-- que, en lo que se refiere a las ultimidades, los hombres tenemos más preguntas que

²⁰ *Idem*, p. 1731.

²¹ Poupard, Paul, *Op. Cit.* p. 1732

²² Juan Pablo II, *Op. Cit.*, p. 122.

respuestas. El estudioso de la filosofía adquiere conciencia fundada de las limitaciones del conocer humano, y comprende el porqué de la diversidad y la necesidad del pluralismo y del diálogo, y todo esto serán elementos invaluable para cuando acceda a los estudios teológicos ya que “entendida como interrogación humana en el centro de la fe, la teología debe, pues, filosofar, so pena de caer en un biblicismo o en un positivismo dogmático.”²³

Definitivamente, la fe del aspirante al sacerdocio será continuamente cuestionada sobre todo cuando inicie sus estudios filosóficos, pero este cuestionamiento no hace sino empezar con la filosofía. En sus estudios teológicos este cuestionamiento se exacerbará, simplemente porque lo que se está cuestionando y reformulando con esto, son las explicaciones y creencias ingenuas con las que muchas veces, los cristianos envolvemos las verdades fundamentales de nuestra religión. Esto no tiene porque destruir la fe, por el contrario es un camino de maduración de la misma ya que se libera a los contenidos verdaderos del cascarón de malentendidos (entender para creer), lo que al mismo tiempo permite al individuo aumentar su confianza en la verdad de esos contenidos (creer para entender), lo que significa un proceso de crecimiento constante en la fe y no una fe estática que se anquilose, lo que sí sería un verdadero peligro para cualquier creyente.

²³ Poupard, Paul, *Op. Cit.* p. 1732.

ⁱ San Agustín demuestra a lo largo del libro 11, que esta pregunta está mal hecha porque refleja un desconocimiento de la eternidad de Dios, si Dios es eterno en él no hay antes ni después, no podemos meter categorías temporales para tratar de explicarnos lo eterno.

ⁱⁱ La disputa entre dialécticos y antidialécticos es la discusión en torno al hecho de utilizar o no la filosofía para la reflexión sobre las Sagradas Escrituras, los dialécticos están a favor y los antidialécticos en contra, y es precisamente un antidialéctico: San Pedro Damiani, quien da a la filosofía el título –que se haría popular a lo largo del tiempo—de sierva de la teología.

ⁱⁱⁱ No estoy refiriéndome aquí a la vocación sacerdotal sino a la vocación del cristiano en cuanto tal, como aparece en la definición de de del Catecismo que ya citamos: la respuesta del sujeto supone la iniciativa de Dios en la llamada.

^{iv} Aun cuando se señale el aspecto subjetivo de la fe como un movimiento del corazón, no entiendo (ni me parece que lo haga así el Cardenal Poupard), a la fe, como un sentimiento, la fe en su aspecto subjetivo, es la aceptación por parte del creyente de unos contenidos. Una certeza y una confianza, que pueden manifestarse acompañados o no de sentimiento, pero que no deben confundirse con el mismo sentimiento porque los sentimientos son pasajeros. El caso más notorio de de una fe sólida, acompañada de aridez sentimental, nos los presenta Santa Teresa de Ávila en sus *Moradas*.

Bibliografía:

1. Abbagnano, Nicola, *Diccionario de Filosofía*, Fondo de Cultura Económica, México D. F. 1987.
2. *Catecismo de la Iglesia Católica*, Coeditores católicos de México, México D.F. mayo 2008.
3. García Pelayo y Gross, Ramón, *Larousse, diccionario usual*, México D.F. 1994.
4. Hegel, G. W. F., *fenomenología del Espíritu*, Prefacio, Editorial Pre-textos, valencia 2006.
5. Hipona, San Agustín de, *Confesiones*, Tomo II, libro 11, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2002.
6. Hipona, San Agustín de, *De la utilidad de creer, a Honorato*, en *Obras Completas, tomo IV*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1975.
7. Jaspers, Karl, *La filosofía, desde el punto de vista de la existencia*, Fondo de cultura Económica, México D. F. 1970.
8. Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, Ediciones Dabar, México D.F. 1998.
9. Ortega y Gasset, José, *¿Qué es Filosofía?* Editorial Espasa Calpe, México D. F. 2000.
10. Platón, *Apología*.
11. Poupard, Paul, *Diccionario de las religiones*, Herder, Barcelona 1997.
12. Ratzinger, Joseph, *El Dios de la fe y el Dios de los filósofos*, Ediciones Encuentro, Madrid 2007.
13. Ratzinger, Joseph, *Informe sobre la fe*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1985.
